

Autor: Abilio Ayuso

LA GEISHA

Ilustrador Ronny Bravo



+12

Mini novela, mitad serie negra, mitad romántica.

A sus cincuenta años, podía considerarse que Patric había triunfado en la vida.

Reconduciendo el modesto negocio familiar hacia el campo de la electrónica, había llegado a ser multimillonario.

Eso no quiere decir que fuera completamente feliz, el divorcio y posterior alejamiento de sus hijos, le había dejado “tocado”. En temas sentimentales se había vuelto completamente cínico.

Ahora se limitaba a “alquilar” chicas, para ocasiones especiales, o vacaciones, incluso para temporadas, las cuales representaban a la perfección su papel de amigas, novias, amantes o lo que fuera convenido, pero siempre con un contrato muy claro.

Sin embargo no se trataba de simples prostitutas, sino de mujeres muy elegantes, con una educación exquisita, incluso de la alta sociedad venidas a menos.

En los negocios, solo le quedaba un tema por solucionar: Una fusión o absorción con su colaborador/competidor japonés que fabricaba parte de los componentes que usaban sus fábricas y poseía alguna de las patentes necesarias, cosa que también sucedía a la inversa.

La relación funcionaba, porque cada uno de ellos era un gran especialista en su apartado, pero se trataba de una fórmula inestable que Patric quería consolidar.

No tardó en llegar a un acuerdo con Sekioto, su gran competidor. Durante seis semanas, Patric y un equipo de técnicos y abogados, se desplazarían a Japón para establecer las bases de lo que sería una alianza definitiva e indisoluble que acabaría beneficiando a ambos.

Al llegar a Tokio, a pesar de los amables ofrecimientos al respecto, prefirió alojarse por su cuenta en la suite de un lujoso hotel, algo apartada de la zona industrial, e incluso de donde se encontraban sus empleados, el poco rato que le quedara libre lo pasaría como le diera la gana, sin compromisos.

Pero su retiro no sería tan solitario como él pensaba. En el primer día de formalidades, Sekioto le dijo con gran pompa que, ya que rechazaba su hospitalidad, no podría rechazar el regalo que tenía preparado para él.

Patric dijo inocentemente que, por supuesto lo aceptaría, y preguntó de que se trataba, pero la respuesta de su interlocutor lo dejó helado.

“Una geisha para que lo acompañe en su estancia en Japón, no es bueno que un hombre esté solo”.

Ya había comenzado a elaborar una educada excusa, cuando se abrió la puerta y entró

la muchacha en cuestión.

Era la muñeca más dulce que hubiera visto en su vida, su mirada era tan expresiva que hizo que sus excusas se convirtieran en un balbuceo inaudible.

A ello se unió el discurso de Sekioto, alabando sus cualidades: Hablaba cinco idiomas a la perfección, incluyendo el suyo, era experta en música y danza, tocaba seis instrumentos, tenía estudios de sicología, enfermería y quiropraxia y grandes conocimientos de arte y cultura general. No en vano había sido educada para su cometido desde los tres años para ser la compañía perfecta para un hombre.

La curiosidad por saber hasta qué punto eran ciertas tantas alabanzas y la mirada de aquella muchacha torcieron la voluntad de Patric de permanecer solo y tranquilo en sus ratos libres y aceptó cortésmente ante la satisfecha sonrisa de su colega.

En cuanto estuvieron solos, Miniko, la geisha, le dijo en perfecto francés y con una voz tan suave que no desmerecía de su aspecto: “Gracias por haberme aceptado, para mí, su rechazo hubiera sido un gran deshonor, pero si el señor lo desea puedo permanecer callada e inmóvil para no estorbarle”.

A lo que Patric con una sonrisa contestó: “Lo primero que te pido es que no me vuelvas a llamar señor, sino Patric y de tú, y en cuanto a tenerte callada e inmóvil, tengo la sospecha de que sería como tirar el mejor champagne por el retrete”.

Nuestro hombre no tuvo que arrepentirse de su decisión, aquella mujer tenía todas las cualidades que le habían pronosticado y muchas más.

Era la mejor masajista que jamás hubiera tocado su cuerpo, y habían sido muchas, ya que a Patric le molestaba que le manoseara un hombre.

Su conversación era culta e inteligente, pero sin pedantería, sabía cuándo hablar, y cuando era mejor estar callada, era capaz de adivinar cual era un buen momento para tañer un instrumento o cantar una dulce balada, sabía escuchar, sabía cuándo reír y cuándo permanecer seria y atenta.

Aunque se acostó con Patric en la enorme cama de la suite, no hizo ningún movimiento que pudiera incitar sexualmente, sino que se acurrucó junto a él, como una muñeca de peluche, por su parte él tampoco se atrevió a tomar ninguna iniciativa.

En una conversación que tuvieron días posteriores, en que Patric, muerto de curiosidad, trataba de indagar sobre los misterios de la vida de las geishas, ella le confesó que no eran en absoluto prostitutas, como mucha gente pensaba.

Su función era mucho más elevada, consistía en acompañar a un hombre tratando de que fuera completamente feliz, aunque si ellas lo deseaban podían hacer el amor con

alguno muy especial, pero en su caso concreto, ella era virgen.

Fue al cabo de quince días, cuando él recibía la última parte de un masaje, tendido boca arriba con su pene erecto esperando que las suaves manos le descargaran la tensión, cuando, en lugar de eso, ella se quitó el suave mono de seda y se estiró a su lado, susurrando un simple: “Ven encima mío”.

Patric obedeció, notando su cuerpo desnudo bajo el suyo, pero no se atrevió a penetrarla. Fue ella la que le abrazó, con brazos y piernas, y muy solemnemente le dijo: Yo la geisha Miniko, te entrego mi virginidad, por puro amor.

Dicho esto, estrechó su cuerpo y le obligó a penetrarla.

Por lo forzado de aquella primera penetración, Patric calculó que debía resultar dolorosa para la muchacha, pero ningún quejido escapó de su boca, ni su semblante reflejó el dolor que debía sentir, sino todo lo contrario, como si estuviera en estado de puro éxtasis y paz.

Sin embargo, las manchas de sangre de las delicadas sábanas, sí que dieron muestras de lo que allí había acontecido.

Paralelamente, las conversaciones y los acuerdos entre las dos compañías funcionaban a la perfección, al cabo de cuarenta días, todos los aspectos técnicos y legales estaban ultimados.

Fue entonces cuando Patric le confesó a Miniko que ya no podría permanecer en Japón más allá de una semana. La mirada que ella le devolvió hubiera podido fundir las piedras, y más cuando con voz temblorosa le dijo: “Si me dejas aquí, mi vida ya no tendrá ningún sentido, preferiré morir”.

Patric la abrazó con los ojos enroscados en lágrimas y le contestó: “Yo quiero que estés conmigo siempre, pero no sé hasta qué punto tienes algún tipo de atadura legal, o no, con tu escuela, o con la empresa del mismo Sekioto”.

“Estoy segura de que si tú se lo pides, él puede solucionar cualquier problema, es un hombre de recursos”.

La besó mientras le decía: “No te preocupes, si es tan fácil como eso, mañana estará resuelto”.

Y para su sorpresa fue sencillísimo, Sekioto estuvo encantado de que quisiera llevarse a Miniko con él. Aquello sería el sello perfecto para la unión entre sus compañías, además ella le podría hacer de intérprete, no solo a nivel de idioma, sino de ideas, tradiciones y costumbres. No había problema, él facilitaría todos los trámites.

Así fue como Patric se trajo de Japón el mejor de los regalos, nunca más necesitaría alquilar chicas de compañía.

Miniko se adaptó a su nuevo estilo de vida, país, y lugar de residencia, de la misma forma que el líquido se adapta a un recipiente, de forma perfecta, sin dejar huecos.

No solo había sido educada para ello, sino que se lo tomaba con un fervor religioso, cada minuto que se encontraba con Patric trataba de ser perfecta, lo que no quiere decir empalagosa, sino sabiendo adivinar que necesitaba su hombre y en ocasiones sorprendiéndole con detalles inesperados.

Cuando se encontraba sola, dedicaba todo su tiempo libre a perfeccionarse, aprender más sobre la cultura francesa, sus gustos, arte, gastronomía, además de seguir unas rigurosas tablas de gimnasia y seguir practicando las artes que ya dominaba.

Para Patric era la guinda que redondeaba el pastel de su vida, pero su felicidad se vio turbada al segundo mes de su regreso a Francia. Había encargado una investigación acerca de su nuevo socio a la mejor agencia de detectives de París, con contactos en el mundo entero, el resultado fue demoledor.

Se quedó helado escuchando al director de la agencia decirle: “Nadie ha podido probar nada, pero no es la primera vez que Sekioto realiza algún tipo de fusión o acuerdo, y sus asociados siempre acaban mal. Hoy en día no queda uno vivo. Cuando considera que es el momento oportuno, las personas clave de la otra empresa sufren un accidente, o una extraña y repentina enfermedad, paro cardíaco... Eso, unido a un ataque comercial y financiero que ya tiene preparado de antemano, le permite hacerse fácilmente con el control de la compañía ante el desconcierto de los herederos que poco saben del tema”.

“Veo que tendré que reforzar mi seguridad personal”.

“No es suficiente, los que murieron no iban por la vida con el lirio en la mano, esto es un tema que supera cuestiones de vigilancia y guardaespaldas. Sekioto se precia en privado de tener una organización criminal tan potente, que no necesita recurrir a la Yakuza para resolver sus asuntos”.

“Entonces... ¿Qué me aconseja?”.

“En principio deshacerse de la geisha que Sekioto le regaló, seguro que es un bombón envenenado”.

“Ese punto es intocable”

“Eso hará las cosas más difíciles”.

“No he dicho que la solución tendría que ser fácil”.

“De acuerdo, a partir de aquí, esta conversación no ha tenido lugar: Creo que debería comprar protección global a la Mafia, ofreciéndoles una parte importante del pastel”.

“A grandes males, grandes remedios ¿Cómo puedo ponerme en contacto con ellos?”.

“Me encargaré en persona, ya le contactarán”.

No habían pasado veinticuatro horas cuando Patric recibió una llamada en su móvil particular, el que solo conocían unas cuantas personas de confianza. Le citaron al día siguiente para una reunión de negocios en el despacho de unos conocidos abogados.

La Mafia actual no se parecía en nada a los matones de las películas de los años veinte. Eran hombres de negocios, con empresas perfectamente legales, que en un momento dado podían utilizar métodos no convencionales, nada que no hiciera la CIA, o cualquier organización gubernamental parecida.

Fueron directamente al grano: “Parece ser que tiene usted un problema y quiere que nosotros se lo solucionemos, nos apodamos La Honorata Societá, y no en vano, cuando hacemos un trato no firmamos contratos, pero siempre cumplimos, y también obligamos a cumplir al contratante, por eso la gente cree en nuestra palabra, díganos ¿Cuál es el trato que nos ofrece?”.

“Imagino que ya les han puesto al corriente del problema, lo que necesito es protección total para mí, la mujer que vive conmigo y mis hijos, aunque hace tiempo que no sé de ellos. Mi oferta es la mitad de mis beneficios mientras yo siga tranquilo y con vida. Si le sucede algo a mi mujer o mis hijos el pago se reduce a la mitad, el contrato es válido mientras yo viva”.

“Es un trato justo, el cincuenta por ciento de su beneficio es una cantidad muy importante, pero el trabajo a realizar requerirá un gran esfuerzo y tal vez una inversión brutal, habrá que comprar muchas voluntades, tendremos que procurar que viva usted muchos años para rentabilizarlo”.

“Eso espero, vivir muchos años tranquilo y que ustedes lo rentabilicen. Con la mitad de mis beneficios puedo vivir como Dios, y por cierto... ¿Qué sistema utilizaremos para que ustedes puedan cobrar sin que el fisco se nos eche encima?”.

“No se preocupe, lo bueno del caso es que todo se hará con la más estricta legalidad. Llegado el momento, cuando sus empresas cierren cada ejercicio, nuestros abogados ya se pondrán en contacto con usted para indicarle que operaciones debe realizar para que, sin prisas, la mitad del beneficio revierta en las diferentes compañías que utilizamos”.

Aquella organización, no se andaba con rodeos, de inmediato se pusieron en contacto con la Yakuza y les ofrecieron una participación en los beneficios. Estos aceptaron encantados porque para ellos el hecho de que Sekioto alardeara de que su organización era tan poderosa que no necesitaba sus servicios era una espina que tenían clavada.

Pasados tres meses Patric volvió a recibir la visita de aquellos dos hombres de negocios, esta vez en su propio despacho, sin demasiados preámbulos le dijeron: “En este tema no hay alternativas, o golpeamos o nos golpean, actuaremos de la misma forma que Sekioto lo ha hecho con sus anteriores socios, aquí tiene un memorándum de las acciones que debe preparar y como las debe realizar en el momento en que todo ocurra”.

Al cabo de siete días estalló la noticia, el avión privado de Sekioto sufrió una avería cuando se dirigía a Rusia, junto con su plana mayor, para ultimar un negocio. El piloto se vio obligado a realizar un aterrizaje de emergencia en un aeródromo abandonado de Mongolia, con la mala fortuna de que había acampado un grupo de guerrilleros que después de matar a los guardaespaldas, saquearon el avión y secuestraron a sus ocupantes.

Las condiciones que los guerrilleros solicitaron para el rescate eran complicadas y difíciles de cumplir, porque incluían la liberación de algunos convictos que se encontraban cumpliendo severas condenas en diversos países. Después de varios tira y afloja se rompieron las negociaciones y días después los secuestrados aparecían muertos en una zona remota.

Días más tarde Patric volvió a recibir la visita de sus dos ángeles guardianes, esta vez la entrevista tuvo lugar en el interior de un vehículo que circulaba por carreteras secundarias de la campiña francesa. Se dirigieron a comer a un pequeño restaurante rústico, como hombres de negocios que se toman unas horas de relax. En la ida y la vuelta le explicaron el desarrollo de los pasados acontecimientos.

“Nuestros amigos de la Yakuza cumplieron su parte a la perfección, antes de morir Sekioto y sus compinches explicaron todo lo que sabían y más”.

Ante el gesto de desagrado de Patric, su interlocutor le dijo: “No tenga ningún remordimiento, se la tenían preparada, en poco tiempo hubieran acabado con usted y varios de los principales directivos de su empresa”.

“¿Y cómo pensaban hacerlo?”.

“Creo que no le va a gustar la respuesta: La geisha que tiene usted en casa era la encargada de asesinarle, por eso le dieron tantas facilidades para que se la llevara, es lo que se llama un durmiente, solo tiene que recibir una frase concreta, que puede oír en cualquier sitio, se la puede decir un repartidor, un dependiente, alguien que pase

por la calle a su lado, pero no se preocupe, podemos encargarnos de ella con toda facilidad”.

“Están olvidando que el trato de protección la incluía también a ella, porque ¿Verdad que mientras no reciba esa frase estará a mi lado procurando hacerme feliz?”.

“Ese es su cometido, lo mismo puede esperar tres días que diez años”.

“Perfecto, ¿Todos los que conocen la frase están muertos”.

“Pensamos que no, un sobrino de Sekioto, su hombre de confianza ha desaparecido por completo, creemos que llevándose una importante cantidad en efectivo, si se queda en un lugar retirado sin hacer ningún movimiento, será difícil localizarle”.

“Pues señores, ese es parte de su trabajo, que mi geisha no reciba nunca ese mensaje y protegernos a ambos”.

“¿Ósea que piensa seguir viviendo con ella a pesar de lo que sabe?”.

“Si la vida no tiene algún aliciente, no vale la pena vivirla, y por cierto: ¿Cuál es la puñetera frase de la que depende mi existencia?”.

“-Si los melocotoneros florecen el seis de enero del año dos mil, es mejor no comer castañas- Pueden decírsela en cualquier idioma, pero tiene que ser exacta”.

“Por lo menos no es una frase que uno pueda oír por casualidad, pues bien, señores, ustedes tienen su trabajo, que es protegernos, y yo el mío que es vivir, llevar mis negocios y pagarles”.

“No se preocupe, la Yakuza desactivará al sobrino y nosotros tenderemos un muro invisible a su alrededor”.

Pero no fue tan fácil. El sobrino intuía que la Yakuza estaba detrás de todo aquello. Como hombre de confianza de Sekioto que era, tenía acceso a las cajas donde se guardaba el dinero en efectivo, llenó un par de mochilas con billetes en fajos apretados y desapareció sin dar explicaciones a nadie.

Vestido como un peregrino vagabundo, llegó a una remota aldea de campesinos y explicó que era un escritor que necesitaba un alojamiento donde habitar en paz para poder escribir su definitivo tratado de filosofía.

Allí retirado, pagando su modesto alojamiento y comida puntualmente, sin molestar a nadie ni ser molestado, pudo pasar desapercibido durante siete años. Su propósito era que se olvidaran de él, que dejaran de buscarlo para poder llevar a cabo su venganza.

Cuando Patric y Miniko llevaban un año juntos, estaban una tarde junto al fuego de la chimenea, él sentado en un confortable sofá, mientras ella lo hacía en la alfombra, con la cabeza y brazos apoyados en las rodillas de él.

En un momento dado, levantó la cabeza y mirándole directamente, le dijo con voz suave: “Patric”.

“Dime, mi amor”.

“¿Te hago completamente feliz?, ¿Hay alguna cosa que desearías y no te doy?”.

“Me haces muy feliz, pero sí que hay alguna cosa que deseo y no me das”.

Cualquier mujer hubiera pensado en alguna fantasía en el terreno sexual, pero ella sabía que los pensamientos de su pareja rodaban por un camino más elevado, así que se limitó a preguntar: “¿Cuál?”.

“La posibilidad de hacer yo algo que realmente te guste y te haga feliz a ti, y no me digas que el acompañarme y cuidar de mí ya te proporciona la máxima felicidad, porque seguro que hay algo que te gustaría personalmente, y como lo desconozco no te lo puedo proporcionar, eso me frustra”.

Ella sabía que hablaba en serio y no se conformaría con palabras agradables, así que fue completamente sincera: “Ya que quieres saberlo, sí que hay algo que me haría mucha ilusión”.

“Pues venga desembucha, que tengo curiosidad, imagino que no son joyas ni pieles ni caprichos, porque eres elegante pero no presumida, tampoco dinero, porque cada mes la empresa te ingresa un sueldo elevado como intérprete traductora y no has tocado ni un euro, así que ando despistado”.

“Yo era huérfana y sin familia alguna, cuando a los tres años ingresé en la escuela de geishas, de allí pase al servicio de Sekioto, me han proporcionado una gran instrucción, conozco y puedo hablar sobre casi cualquier país, su cultura, sus costumbres, monumentos, gastronomía, pero solo he estado en Tokio y París, no he respirado el aire de esos sitios que tan bien conozco sobre el papel, ni olido sus flores, ni pisado sus arenas, ni me he bañado en sus aguas, solo pura teoría”.

“No te preocupes cariño, eso queda arreglado desde ahora mismo”. Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras se levantó, tomo un lujoso atlas de la librería y lo abrió por la doble página del mapamundi, hizo una seña a Miniko para que se sentara a su lado, y ofreciéndole una lujosa plumilla sin tinta le dijo: “Venga señala, y no seas tímida”.

Ella miró pensativa el mapa y contestó: “Hay tantos sitios preciosos... Pero como

debo decidirme por uno... Pues este”.

Patric sonrió al ver la plumilla señalando el océano casi vacío y dijo: “Vaya con mi niña, no tiene mal gusto, la Polinesia Francesa, y... ¿Alguna isla en especial?”.

“Puestos a elegir... Pues Bora Bora, pero no tenemos por qué limitarnos a una sola isla”.

“Claro que no, también podemos ver Mórea, Ranguiroa, y el propio Tahití, pero ya sabes que allí el sol quema como fuego, ¿Como afectará eso a la blanca piel de una geisha?”.

“Tú no te preocupes, las geishas sabemos cuidarnos”.

Al día siguiente Patric reunía la plana mayor de su empresa y les soltaba un discurso inesperado: “Señores ahora que el asunto de nuestros socios/competidores japoneses está resuelto, gracias a Dios a nuestro favor, he estado pensando en nuestra empresa. Yo ya no soy un niño, ¿Qué pasaría si padezco una enfermedad que me incapacita temporalmente?, ¿Sería un descalabro para nuestra compañía, o podrían ustedes dar una continuidad a nuestro negocio sin que se notara mi ausencia?”.

Se oyeron murmullos y voces de aprobación: Por supuesto que serían capaces, eran un equipo muy bien preparado y aunque Patric era el alma de la empresa, ellos en caso de necesidad podrían proporcionar una continuidad sin sobresaltos.

Patric sonrió satisfecho, hizo callar las voces y continuó: “Pues la velocidad se demuestra andando, a partir de ahora desapareceré por completo durante períodos de un mes o más, no podrán contactarme ni consultarme, a mi regreso juzgaré si han sido tan capaces como se creen”.

Acto seguido se dirigió a su despacho y le dijo a su secretaria: “Haz que preparen el avión de la compañía para Miniko y para mí, en principio iremos a Tahití, pero para que no se haga tan pesado el viaje, a la ida haremos escala tres o cuatro días en San Francisco y a la vuelta posiblemente en Los Ángeles, resérvame las mejores habitaciones de los hoteles más emblemáticos, y sobre todo estudia la climatología prevista para escoger los mejores días en cada punto”.

A quienes no gustó la idea de los viajes fue a sus socios mafiosos. Al final acordaron que en lugar de solos irían acompañados de una pareja de “amigos”, al fin y al cabo, en el avión podían viajar cómodamente una docena de personas.

Patric añadió: “Si he de ser sincero no me hace mucha gracia ir a un viaje romántico acompañado por un par de gorilas”.

Su interlocutor sonrió y le dijo: “No se preocupe, los acompañará una parejita

seductora, no restarán encanto a sus vacaciones”.

Aunque Patric ya conocía la Polinesia, el viajar con Miniko fue para él como redescubrirla a través de los ojos de ella y de su ilusión, le sorprendió lo bien que buceaba con su mono de seda que la libraba de los poderosos rayos solares.

Era encantador verla moverse tan graciosa entre aquella naturaleza exótica con su sombrilla y pamelita. En comparación las otras veces en que había estado allí le parecieron una sosada.

En cuanto a su pareja de acompañantes, eran un morenazo de metro noventa y cinco, cien kilos de puro músculo, y una guapísima rubia que parecía recién salida de una competición de atletismo. Sino eran pareja realmente, por su actitud lo parecían.

En un restaurante en que las chicas fueron al baño, el muchacho preguntó a Patric: “No entiendo cómo puedes estar tan a gusto y feliz con ella, sabiendo que, si uno de los camareros la susurrara determinada frase, te mataría, y lo malo es que lo haría en la intimidad de vuestra habitación, donde nosotros no podemos protegerte de ella”.

Patric sonrió y le contestó: “He pasado ya de los cincuenta, ¿Cuanta vida activa me puede quedar?, ¿Treinta años?, ¿Cómo debo pasarlos, encerrado en un bunker, o viviendo feliz?”.

“Pero hay muchas mujeres en el mundo...”.

“Lo sé, las he visto y probado de todos los colores, pero solo es ella la que da sentido a mi vida”.

“Una actitud muy valiente, he de confesar que comparto tu idea, y para mi perfecto, porque, sin contar la alerta constante de la vigilancia, son unas vacaciones de lujo”.

“De acuerdo, y confesión por confesión, tú y tu amiga: ¿Sois pareja de verdad?”.

“En realidad solo éramos los dos mejores candidatos para este trabajo que nuestros jefes pudieron encontrar, pero ya que compartiremos habitación y viajes románticos hemos decidido serlo, para evitar una tensión innecesaria”.

“Una actitud muy inteligente”.

Patric aprovechó aquellas primeras vacaciones para hacer que instalaran en toda la casa una red de microcámaras permanentes, integradas en la decoración de los techos, e imposibles de detectar a menos que alguien subiera con una escalera y una lupa sabiendo lo que buscaba. Grabarían las veinticuatro horas del día y un ordenador filtraría los tiempos muertos en que ninguna persona hubiera estado presente.

Pasaron unos años espléndidos, no se limitaron a recorrer el mundo, sino a disfrutar de lo más bello, lo más exclusivo, lo más emblemático. No les molestó en absoluto la compañía de sus guardaespaldas, con los que acabaron manteniendo una buena amistad, por el contrario, su presencia les daba tranquilidad.

En algún lugar remoto donde un grupillo de matones intentó robarles pudieron comprobar lo letales que eran, tanto él como ella.

Aunque lo más curioso del suceso fue que cuando uno de los rufianes consiguió esquivar a la pareja, ocupada en machacar a sus compañeros, fue detenido por un golpe de pie en la garganta propinado por Miniko, como un paso de ballet, sin que Patric hubiera tenido tiempo de reaccionar.

Ante los comentarios que suscitó el hecho, ella se limitó a contestar: “Una geisha debe saber cuidar de sí misma y de su señor”.

Patric percibió una mirada en su guardaespaldas con un gesto que sin palabras decía: “Te das cuenta de que, aunque sea tan dulce te puede matar fácilmente”. Pero no hizo el menor caso.

Al cabo de siete años, nadie pensaba ya en aquel sobrino perdido, eso le permitió moverse discretamente y llegar a París, allí mantuvo una disimulada vigilancia hasta tener la seguridad de que Patric había salido camino de su empresa. Poco después llamaba al interfono con video vigilancia del portal donde se ubicaba el lujoso ático donde normalmente residía la pareja.

Al contestar la propia Miniko se presentó sin tapujos, diciendo que era el sobrino de Sekioto y le traía un recado de Japón.

Miniko ordenó a los guardas de seguridad de la finca que le franquearan la entrada esperando cinco minutos para que tuviera tiempo de vestirse.

Cuando por fin pudo subir, le abrió una atenta Miniko ataviada con atuendo típico japonés que le dijo que se sentara cómodamente mientras ella preparaba un té.

Después de las fórmulas de cortesía y de que hubieran tomado el té, después de saborearlo el sobrino comentó: “Un buen té, pero sabe mucho mejor cuando se toma en Japón”.

“Es por el agua, la de París no es igual que la de nuestra patria”.

Finalmente, ella le preguntó cuál era su recado, él se limitó a contestar: “Si los melocotoneros florecen el seis de enero del año dos mil, es mejor no comer castañas”.

Pasado un minuto de silencio el invitado insistió: “¿Sabes lo que significa la frase que

te he dicho?”.

“Perfectamente”.

“¿Y cumplirás con tu obligación?”.

“Por supuesto, yo nunca faltó a mi honor de geisha”.

“El sobrino se apoyó en el cómodo sofá luciendo una sonrisa satisfecha, y saboreando su triunfo añadió: “Bueno, explícame: ¿Qué es lo que te obliga a realizar esta frase?”.

Miniko sonrió dulcemente, y con voz suave contestó: “Si la frase que me dicen es la correcta, debo matar a Patric, aunque si solo es parecida, pero contiene el más mínimo error, debo matar al mensajero”.

El sobrino arqueó las cejas y añadió: “Pero la frase que yo te he dicho es la correcta”.

“Desgraciadamente para ti... No”.

Intentó levantarse sobresaltado, pero se dio cuenta de que sus músculos le obedecían muy torpemente, miró con incredulidad la lujosa tetera, aquel brebaje debía contener alguna pócima que le estaba paralizando.

Aterrorizado, observó como Miniko se acercaba a él con la suavidad de una pantera sacando una de las agujas de su típico moño. Con la rapidez de una mangosta le clavó la punta en el cuello. Un fuego frío recorrió sus venas y a partir de ahí para él se hizo la negrura total.

Cuando Patric regresó, el cadáver estaba guardado en una alacena, no quedaba ningún resto del té y Miniko vestía con normalidad. Después de los primeros mimos ella le dijo: “Tenemos un pequeño problema, pero nada que no se pueda solucionar”.

“Si se puede solucionar, no es problema, dime que es”.

Ella lo llevó a la alacena y le mostró el cuerpo sin mediar palabra.

Él dio un respingo y preguntó en un susurro: “¿Pero está...?”.

“Completamente frito, me engañó diciendo que traía un recado de Japón, pero intentó robar y abusar de mí, me vi obligada a hacerlo”.

“Suerte que no ha conseguido su propósito, y como lo has logrado”.

“Una geisha tiene muchos recursos”.

“Si, ya lo veo, pero no te preocupes, esto no ha sucedido y este hombre nunca ha estado aquí, yo me encargo de todo”.

Una simple llamada a sus “socios” y ellos se encargaron de todo. En pocas horas llegaba una furgoneta con unos transportistas que llevaban una caja de madera en una carretilla conteniendo supuestas antigüedades, al cabo de pocos minutos se marchaban llevando con ellos la caja supuestamente vacía.

Al día siguiente Patric recibió un mensaje diciendo que los residuos tóxicos habían sido incinerados y no había riesgo de contaminación, con eso supo que jamás aparecería el cadáver.

Mas tarde, en su despacho, repasó las grabaciones de lo que había sucedido en la casa, una y otra vez volvió a escuchar con incredulidad la frase que el sobrino le decía, porque la frase, no cabía duda, era correcta. Patric no pudo evitar que un par de lágrimas cayeran de sus ojos, su geisha había traicionado su compromiso de lealtad por amor.

Días después, volvió a comer al restaurante rústico acompañado de sus socios mafiosos. Mientras comentaban la jugada por el camino les confesó que no entendía porque ella le había dicho al japonés que la frase era errónea.

La respuesta le llegó de inmediato: “Es muy sencillo, no le dio la gana de que aquel individuo muriera pensando que era una traidora, sino que él era un imbécil que se había equivocado en alguna palabra, y te diré más, estoy seguro que lo de matar al mensajero si la frase estaba equivocada se lo inventó sobre la marcha”.

“¿Con que propósito?”.

“Porque no quiso perder su dignidad ante aquel desgraciado, hubiera sido como mostrarse desnuda, pero está muy bien que haya sucedido, porque ahora sabemos que ella te es completamente fiel y no representa ningún peligro, un problema menos”.

“Os confesaré que en el fondo estaba deseando que sucediera algo así, para saber si ella sería capaz de matarme o se negaría”.

“Menudo masoquista estás hecho”.

Los años siguientes fueron espléndidos, Patric llegó a cumplir ochenta años con porte, gallardía y buena salud, y para Miniko parecía que no pasara el tiempo. Cuando él le preguntaba cómo podía ser que se conservara casi igual que el primer día que la conoció, la respuesta era: “Secretos de geisha”.

En la compañía se acostumbraron a no depender de él, lo cual les permitía alargar sus escapadas cuanto les apetecía, para luego disfrutar más aún de su regreso al París de

siempre.

Fue al cumplir los ochenta y uno, cuando en una revisión rutinaria le dieron la mala noticia: El tumor cerebral detectado, era inoperable y letal.

A pesar de ello continuó con su vida normal, hasta que su salud empeoró repentinamente y tuvo que ser ingresado en una lujosa clínica privada.

Miniko no se separaba ni un instante de su habitación, comía, se aseaba y dormía allí mismo. Un día de otoño, viendo cercano el final, Patric le dijo con voz apagada: “Ven cariño, siéntate cerca mío que tengo que explicarte algunas cosas”.

“No tienes que esforzarte, has de descansar”.

“No te preocupes amor, haga lo que haga ya estoy muerto, y lo que he de decirte es importante”.

“De acuerdo, te escucho”.

“Como ya sabes, mi empresa te ha estado ingresando tu sueldo de intérprete durante más de treinta años, y nunca has tocado un céntimo, pero como te pedí que me nombraras tu apoderado, yo sí que lo he hecho, sin consultarte”.

“Huy que malo”.

“Pues sí, aprovechando mis contactos jugué con tu dinero sobre seguro y lo multipliqué varias veces, pero tranquila, con toda legalidad, has pagado todos los impuestos correspondientes”.

“Entonces tengo mucho, mucho dinero, no sé si deberías decírmelo, igual te abandono”. Contestó acariciándole dulcemente.

Él sonrió y continuó hablando: “Tanto no tienes, porque he comprado cosas a tu nombre”.

“¿Cosas bonitas?”.

“Si, nuestro apartamento, con todo lo que contiene, hace años que es tuyo, y la casa de La Provenza que tanto te gusta”.

“Ósea que he tenido un realquilado sin saberlo”.

Patric continuó explicando: “Y algunos locales céntricos y bien situados que te darán una buena renta, además en este sobre tienes los datos de algunas cuentas tuyas con dinero que te he ingresado en paraísos fiscales. Eso sí que no es legal ni ha pagado

ningún impuesto. Total, que cuando yo no esté no tendrás ningún problema económico”.

“¿Cuándo tu no estés...?, ¿Qué piensas abandonarme?”.

“Yo no, pero creo que el ángel de la muerte me obligará”.

“Si tu no estuvieras a mi lado, lo que menos me importaría es el dinero”.

“Dice un refrán, que las penas, con pan son menos. Además, lo que has de hacer es buscarte un buen hombre de tu edad, ya llevas demasiado tiempo con un viejo”.

En este punto, la cara de ella se tornó muy seria, y contestó con firmeza: “Estás muy equivocado conmigo, no solo fuiste el primer hombre en mi vida, sino que también serás el único, en comparación contigo cualquiera me parecería basura”.

“Pero Miniko, la soledad no es buena...”.

“¿Y quién te ha dicho que pienso estar sola?, simplemente no quiero más amor que el que tú me has dado”.

“Es tu elección, yo no puedo obligarte, una última cosa”.

“Dime cariño”.

“Si los melocotoneros florecen el seis de enero del año dos mil, es mejor no comer castañas”.

Al oírlo, ella se quedó como si le hubiera picado un escorpión, dos lágrimas rodaron por sus ojos, y preguntó en un susurro: “¿Desde cuanto hace que lo sabes?”.

“Desde casi el principio, ¿Y tú cuando decidiste que no cumplirías con lo pactado con Sekioto?”.

“Desde Tokio. Yo había actuado para otros hombres, incluido el propio Sekioto, y todos me trataron como a un objeto de lujo, una especie de animalillo, tú fuiste el primero que me vio y me quiso como a una mujer, que me dio cariño y ternura y no se dejó simplemente mimar por la geisha, por eso decidí permanecer siempre a tu lado”.

“Bueno, pero ahora sí que tienes que cumplir, según lo que le dijiste al sobrino de Sekioto, tanto si he dicho la frase correctamente o no, tienes que poner paz a mi existencia y no dejar que sufra más”.

“En principio, lo de que si la frase estaba equivocada debía matar al mensajero me lo

inventé en aquel momento”.

“Ya me lo imaginaba”.

“En segundo lugar, procuraré que no sufras, pero yo nunca pondré fin a tu vida”.

“Qué lástima, yo que pensaba estar esta noche en el paraíso”.

“Y abandonarme... Ni lo sueñes”.

Miniko solo engañó a Patric en este punto, y cuando vio que su vida era solo sufrimiento hizo que muriera dulcemente.

Nadie sospechó nada y tal como él había solicitado fue incinerado y sus cenizas entregadas a Miniko, que las enterró en el jardín de la casa de Provenza e hizo plantar un cerezo encima.

Con los recursos que disponía, creó una escuela de geishas en Japón, en la que solo acogió a niñas huérfanas o abandonadas, aunque siempre se tomaba un descanso al inicio de la primavera para ver florecer el cerezo en el jardín de su casa de Uzès, en La Provenza y otro para estar unos días de otoño en su apartamento de París.

Tal como le había dicho a Patric, jamás estuvo sola, pero nunca hubo otro hombre en su vida.

FIN ...